



El
Señor
de la
LUZ

Roger Zelazny

En un mundo lejano de los extremos del tiempo —un planeta solitario colonizado por la nave La Estrella de la India — el panteón hindú gobierna todas las cosas: Vishnu, la Creación; Krishna, el Amor; Kali, la Destrucción; Yama, la Muerte. Sam, dominador de demonios, que ha perdido la gracia del cielo, ayudado ahora por los poderes de las tinieblas luchará por librar al hombre de las leyes del karma y las divinidades autócratas.

A Dannie Plachta, de amistad, sabiduría, soma.

I

Se dice que cincuenta y tres años después de su liberación regresó de la Nube Dorada para aceptar una vez más el desafío del Cielo, para oponerse al Orden de la Vida y a los dioses que lo habían ordenado así. Sus seguidores habían rezado por su regreso, aunque sus plegarias fueran pecado. Las plegarias no debían perturbar a quien había ido al Nirvana, fueran cuales fuesen las circunstancias de su ida. Sin embargo, los portadores de la túnica azafrán rezaban para que Él, Manjusrí, el de la Espada, volviera entre ellos. Se dice que el Boddhisatva los escuchó...

Quien aplacó sus deseos, quien es independiente de sus raíces, cuyo abono es la vacuidad... libre y sin huellas... su sendero es tan desconocido como el de los pájaros cruzando el cielo.

Dhammapada (93)

Sus seguidores le llamaban Mahasamatman y decían que era un dios. Él prefería, sin embargo, dejar el Maha- y el -atman y llamarse Sam. Nunca afirmó ser un dios. Pero tampoco afirmó nunca no serlo. Dadas las circunstancias, ninguna admisión podía reportarle beneficio. El silencio, en cambio, sí.

En consecuencia, lo rodeaba el misterio.

Fue en la estación de las lluvias.

Fue en la época de las grandes aguas...

Fue en los días de las lluvias cuando se elevaron sus plegarias, no del sobar de los nudos de las cuerdas de rezar o el girar de las ruedas de oración, sino de la gran máquina de oraciones del monasterio de Ratri, diosa de la Noche.

Las plegarias de alta frecuencia fueron dirigidas hacia arriba, cruzando la atmósfera y hasta más allá, y penetraron en esa nube dorada conocida por todos como el Puente de los Dioses, que rodea completamente el mundo y es visto como un arco iris de bronce por la noche y es el lugar donde el rojo sol se vuelve anaranjado al mediodía.

Algunos de los monjes dudaban de la ortodoxia de esta técnica de oración pero la máquina había sido construida y era controlada por Yama-Dharma, caído de la Ciudad Celestial, y se decía que había construido también hacía siglos el poderoso carro del trueno del Señor Shiva, ese artefacto que cruzaba volando los cielos y arrojaba gotas de fuego en su estela.

Pese a haber caído en desgracia, Yama seguía siendo considerado como el más poderoso de los artificieros, aunque no se dudaba que los Dioses de la Ciudad le harían morir de muerte real si sabían lo de la máquina de oraciones. Y se suponía igualmente que de todos modos le harían morir la muerte real sin la excusa de la máquina de oraciones si alguna vez llegaban a echarle la mano encima. Bien, la forma en que arreglara este asunto con los Señores del Karma era cosa suya, pero nadie dudaba que cuando llegara el momento encontraría una forma de salirse. Tenía la mitad de la edad de la propia Ciudad Celestial y apenas diez de los dioses recordaban la fundación de esa residencia. Era considerado más sabio incluso que el Señor Kubera en los asuntos del Fuego Universal. Pero éstos eran sólo sus atributos menores. Era más conocido por otra cosa, aunque pocos hombres hablaban de ella. Era alto, aunque no demasiado, robusto, pero no pesado, sus movimientos eran lentos y fluidos. Vestía de rojo y hablaba poco.

Cuidaba de la maquina de oraciones y el gigantesco loto de metal que había instalado en la parte más alta del techo del monasterio giraba y giraba sobre su alvéolo.

Caía una ligera lluvia sobre el edificio, el loto, y la jungla a los pies de las montañas. Durante seis días había ofrecido muchos kilovatios de plegarias pero la estática impedía que le oyeran en Las Alturas. Casi sin aliento apeló a las más notables deidades de la fertilidad de la corriente invocándolas por sus más prominentes Atributos.

El retumbar del trueno respondió a su petición y el pequeño mono que le ayudaba lanzó una risita. Dio unos pequeños saltos a su alrededor.

—Tus plegarias y tus maldiciones dan el mismo resultado Señor Yama —comentó el mono—. Es decir, nada.

—¿Has necesitado diecisiete encarnaciones para llegar a esta verdad? —dijo Yama—. Entonces puedo ver por qué sigues siendo un mono.

—No es así —dijo el mono, cuyo nombre era Tak—. Mi caída, aunque menos espectacular que la tuya, implicó de todos modos elementos de malicia personal por parte de...

—¡Ya basta! —exclamó Yama, volviéndose bruscamente de espaldas a él.

Tak se dio cuenta de que debía haber tocado un punto sensible. En un intento por encontrar otro tema de conversación, se dirigió a la ventana, saltó a su amplio alféizar y miró hacia arriba.

—Hay una brecha en la capa de nubes, hacia el oeste —dijo.

Yama se acercó, siguió la dirección de su mirada, frunció el ceño y asintió.

—Sí —dijo—. Quédate donde estás y avísame.

Se dirigió a un panel de controles.

El loto dejó de girar sobre sus cabezas, se enfocó hacia el trozo de cielo libre.

—Muy bien —dijo—. Estamos consiguiendo algo.

Su mano se agitó sobre un panel de control separado del resto de la maquinaria, accionando una serie de interruptores y ajustando dos diales.

Debajo de ellos, en los cavernosos subterráneos del monasterio, fue recibida la señal y se iniciaron otros preparativos: fue avisada la anfitriona.

—¡Las nubes se están cerrando de nuevo! —exclamó Tak.

—No importa ahora —dijo el otro—. Hemos pescado a nuestro pez. Ahí viene, fuera del Nirvana y hacia el loto.

Hubo otro trueno, y la lluvia empezó a caer con un sonido como de granizo contra el loto. Las azules serpientes de los relámpagos zebraron las cimas de las montañas, silbando.

Yama cerró un último circuito.

—¿Cómo crees que le sentará encarnarse de nuevo? —preguntó Tak.

—¡Ve a pelar plátanos con los pies!

Tak prefirió considerar aquello como una despedida y abandonó la habitación, dejando que Yama se encargara de cerrar la maquinaria. Tomó un largo corredor y descendió un amplio tramo de escaleras. Alcanzó el siguiente rellano, y mientras aguardaba unos momentos allí oyó sonido de voces y el roce de sandalias contra el suelo, viniendo en su dirección desde una sala lateral.

Trepó sin vacilar por la pared, utilizando una serie de panteras talladas y una hilera opuesta de elefantes como asideros. Se montó en una viga, se retiró a unas sombras protectoras y aguardó, inmóvil.

Dos monjes de oscuras túnicas entraron cruzando un dintel, con los pies deslizándose silenciosamente sobre el desgastado suelo de piedra.

—¿Por qué no puede ella despejarles el cielo? —dijo el primero, en voz baja.

El segundo, un hombre más corpulento y de mayor edad, se encogió de hombros.

—No soy un sabio que pueda responder a tales cuestiones. Es evidente que ella está ansiosa, o de otro modo nunca le hubiera ofrecido este refugio, ni a Yama este uso. ¿Pero quién puede señalar los límites de la noche?

—O el talante de una mujer —dijo el primero—. He oído decir que ni siquiera los sacerdotes sabían de su llegada.

—Es posible. Sea como sea, parece un buen presagio.

—Sí lo parece.

Cruzaron otro dintel, y Tak escuchó los sonidos de sus pasos alejándose hasta que sólo hubo silencio.

De todos modos, no abandonó su percha.

El «ella» a que los monjes se referían sólo podía ser la diosa Ratri en persona, adoptada por la orden que había ofrecido refugio a los seguidores del Alma Grande Sam, el Iluminado. Ahora Ratri también tenía que ser incluida entre los caídos de la Ciudad Celestial que llevaban un cuerpo mortal. Tenía muy buenas razones para sentirse amargada por todo el asunto, y Tak se dio cuenta del peligro que ella estaba corriendo ofreciendo refugio, sin mencionar el hecho de estar físicamente presente durante la operación. Aquello podía comprometer cualquier posibilidad de una futura rehabilitación, si algo de todo aquello llegaba a los oídos adecuados. Tak la recordó como una belleza de pelo negro y ojos dorados, pasando en su carro lunar de ébano y cromo, tirado por caballos blancos y negros y guiado por su auriga, también blanco y negro, cruzando la Avenida del Cielo, rivalizando incluso con Sarasyati en su gloria. Su corazón latió fuertemente en su peludo pecho. Tenía que verla de nuevo. Una noche, hacía mucho tiempo en tiempos más felices y con una mejor forma, había bailado con ella en un balcón bajo las estrellas. Habían sido tan sólo unos breves momentos. Pero los recordaba, y es difícil ser un mono y tener tales recuerdos.

Descendió de la viga.

Había una torre, una alta torre que se elevaba en la esquina nordeste del monasterio. Dentro de esa torre había una estancia. Se decía que contenía la morada de la presencia de la diosa. Era limpiada cada día, la ropa de la cama cambiada, el incienso quemado y la oferta votiva depositada justo al lado de la puerta. Esa puerta permanecía normalmente cerrada.

Por supuesto, había ventanas. La pregunta de si un hombre podría haber entrado de alguna forma por una de aquellas ventanas era simplemente académica. Tak probó que un mono sí podía.

Subió al techo del monasterio y procedió a escalar la torre, avanzando de resbaladizo ladrillo a resbaladizo ladrillo, de proyección a irregularidad, con el cielo gruñendo como un perro sobre él, hasta que finalmente se aferró a la pared justo debajo del alféizar exterior. Una lluvia persistente caía sobre él. Oyó a un pájaro cantar dentro. Vio el extremo de un pañuelo azul, mojado, colgando sobre el alféizar.

Se aferró al borde y se izó con precaución, hasta que pudo mirar dentro.

Ella le daba la espalda. Llevaba un san azul oscuro y estaba sentada, inmóvil, en un pequeño banco al lado opuesto de la habitación.

Acabó de subir al alféizar y carraspeó.

Ella se volvió rápidamente. Llevaba un velo, de modo que sus rasgos eran indistinguibles. Le miró a su través, luego se levantó y cruzó la estancia.

Se sintió decepcionado. Su silueta, antes esbelta, era ahora ancha de cintura, su andar, antes el oscilar de un junco, era ahora un anadeo, su tez era demasiado oscura, incluso a través del velo las líneas de su nariz y su mandíbula eran excesivamente pronunciadas.

Hizo una inclinación de cabeza.

—«Y así te has acercado a nosotros, que a tu llegada hemos vuelto al hogar —cantó melodiosamente—, como pájaros a su nido sobre un árbol».

Ella se detuvo, inmóvil como su propia estatua en el gran salón de abajo.

—«Guárdanos de la loba y del lobo, y guárdanos del ladrón, oh Noche, para que así nuestro tránsito sea bueno».

Ella adelantó lentamente un brazo y apoyó su mano sobre la cabeza de él.

—Tienes mi bendición, pequeño —dijo al cabo de un momento— desgraciadamente, eso es todo lo que te puedo dar. No ofrezco protección ni proporciono belleza, pues yo misma carezco de estos lujos ¿Cómo te llamas?

—Tak —dijo el mono.

Ella se llevó una mano a la frente.

—Una vez conocí a un Tak —dijo—, en un tiempo muy lejano, en un lugar distante.

—Yo soy ese Tak, señora.

Ella se sentó en el alféizar. Al cabo de un momento él se dio cuenta de que estaba llorando tras su velo.

—No llores, diosa. Tak está aquí. ¿Recuerdas a Tak, de los Archivos? ¿El de la Brillante Lanza? Sigue estando dispuesto a hacer lo que tú deseas.

—Tak... —dijo ella—. ¡Oh, Tak! ¿Tú también? ¡No lo sabía! Nunca oí...

—Otra vuelta de la rueda, señora, ¿y quién lo sabe? Puede que algún día las cosas sean mejores de lo que nunca lo fueron antes.

Notó el estremecimiento de los hombros de la diosa. Adelantó una mano, la retiró.

Ella se volvió y la tomó.

Tras una eternidad, ella dijo:

—El curso normal de los acontecimientos no nos devolverá lo que perdimos ni arreglará las cosas, Tak de la Brillante Lanza. Debemos abrirnos nuestro propio camino.

—¿Qué quieres decir? —inquirió él, luego—. ¿Sam?

Ella asintió con la cabeza.

—Él es el indicado. Es nuestra esperanza contra el Cielo, querido Tak. Si nuestra llamada tiene éxito, tenemos una

posibilidad de vivir de nuevo.

—¿Es por eso por lo que corres este riesgo, por lo que te metes en las fauces del tigre?

—¿Por qué otra razón? Cuando no hay auténticas esperanzas debemos acuñar las nuestras propias. Aunque la moneda esté falsificada sigue existiendo la posibilidad de hacerla circular.

—¿Falsificada? ¿No crees que fue el Buda?

Ella rió brevemente.

—Sam fue el más grande charlatán en la memoria de dioses y hombres. Fue también el más digno oponente con el que jamás se enfrentara Trimurti. ¡No me mires tan impresionado cuando digo esto, Archivero! Sabes que él robó la trama de su doctrina, el sendero y su fin, la tela en sí, de olvidadas fuentes prehistóricas. Era un arma, nada más. Su mayor fuerza fue su insinceridad. Si pudiéramos hacer que *volviera...*

—Señora, santo o charlatán *ha* vuelto.

—No te burles de mí, Tak.

—Diosa y señora, acabo de dejar al Señor Yama cerrando la máquina de oraciones, frunciendo el ceño ante su éxito.

—Las posibilidades estaban tan en contra... El Señor Agni dijo en una ocasión que algo así no podía conseguirse.

Tak se puso en pie.

—Diosa Ratri —dijo—, ¿quién, sea dios u hombre, o cualquier cosa entre ellos, sabe más de tales asuntos que Yama?

—No tengo respuesta para esa pregunta, Tak, porque no existe. ¿Pero cómo puedes decir con seguridad que ha atrapado a nuestro pez en su red?

—Porque es Yama.

—Entonces toma mi brazo, Tak. Escóltame de nuevo, como hiciste una vez. Vayamos a ver al durmiente Boddhisatva.

La condujo fuera de la estancia, bajaron las escaleras, y entraron en las habitaciones de abajo.

La luz, no nacida de las antorchas sino de los generadores de Yama, llenaba la caverna. El lecho, instalado sobre una plataforma, estaba cerrado por tres lados con mamparas. La mayor parte de la maquinaria estaba oculta también por mamparas y cortinas. Los monjes de túnica azafrán que se hallaban de servicio se movían silenciosamente de un lado para otro de la habitación. Yama, el maestro artificiero, permanecía de pie junto al lecho.

Mientras se acercaban, algunos de los bien disciplinados e imperturbables monjes lanzaron breves exclamaciones. Tak se volvió hacia la mujer a su lado y retrocedió un paso, sintiendo que su aliento se negaba a brotar de su garganta.

Ya no era la pequeña y rechoncha matrona con la que había hablado. Estaba de nuevo al lado de la Noche inmortal, de la que se había escrito «La diosa ha llenado el enorme espacio, hasta sus profundidades y sus alturas. Su resplandor aleja las tinieblas».

Miró sólo un momento y se cubrió los ojos. Ella seguía mostrando la huella de su Aspecto distante.

—Diosa... —empezó.

—Vayamos junto al durmiente —afirmó ella—. Se está agitando.

Avanzaron junto al lecho.

Más tarde reflejado en murales al final de incontables pasillos, tallado en las paredes de los templos y pintado en los techos de numerosos palacios, se produjo el despertar de quien era diversamente conocido como Mahasamatman, Kalkin, Manjusri, Siddhartha, Tathagatha, Binder, Maitreya, el Iluminado, Buda y Sam. A su izquierda estaba la diosa de la Noche, a su derecha se alzaba la Muerte, Tak, el

mono, estaba acucillado a los pies de la cama, eterno comentario sobre la coexistencia de lo animal y lo divino.

Su cuerpo era de mediana altura y edad, moreno y vulgar, sus rasgos eran regulares, sin nada que los distinguiera. Cuando sus ojos se abrieron se revelaron azules.

—¡Salve, Señor de la Luz! —Fue Ratri quien pronunció aquellas palabras.

Los ojos parpadearon. Estaban desenfocados. En ningún lugar de la estancia se apreciaba el menor movimiento.

—¡Salve Mahasamatman, Buda! —dijo Yama.

Lo ojos miraron al frente, sin ver.

—Hola, Sam —dijo Tak.

La frente se frunció un poco, los ojos se entrecerraron, se posaron en Tak, se dirigieron a los demás.

—¿Dónde? —preguntó, en un susurro.

—Mi monasterio —respondió Ratri.

Contempló su belleza, inexpresivo.

Luego cerró los ojos y los mantuvo fuertemente apretados, dejando que se formaran arrugas en sus comisuras. Una mueca de dolor curvó su boca, transformándola en un arco cuyas flechas eran los apretados dientes.

—¿Eres realmente aquél a quien hemos nombrado? —preguntó Yama.

No respondió.

—¿Eres tú quien luchó contra el ejército del Cielo y lo detuvo en las orillas del Vedra?

La boca se relajó.

—¿Eres tú quien amó a la diosa de la Muerte?

Los ojos aletearon. Una débil sonrisa cruzó sus labios y desapareció.

—Es él —dijo Yama, luego—. ¿Quién eres, hombre?

—¿Yo? No soy nada —respondió el otro—. Una hoja atrapada en un remolino, quizás. Una pluma en el viento.

—Lástima —dijo Yama—, porque ya hay suficientes hojas y plumas en el mundo para que yo haya trabajado tanto tiempo únicamente para incrementar su número. Yo desea-

ba un hombre, uno que pudiera proseguir una guerra interrumpida por su ausencia, un hombre poderoso que pudiera oponerse con ese poder a la voluntad de los dioses. Creí que tú eras él.

—Soy... —miró de nuevo de soslayo a su alrededor—... Sam. Soy Sam. Una vez, hace mucho tiempo..., ¿luché? Muchas veces...

—Tú fuiste Alma Grande Sam, el Buda ¿No lo recuerdas?

—Quizá fui... —Un lento fuego alumbró sus ojos—. Sí —dijo al cabo de un momento—. Sí, lo fui. El más humilde de los orgullosos, el más orgulloso de los humildes. Luché. Enseñé el Camino durante un tiempo. Luché de nuevo, enseñé de nuevo, probé la política, la magia, el veneno... Luché en una gran batalla tan terrible que el propio sol ocultó su rostro ante la carnicería... con hombres y dioses, con animales y demonios, con espíritus de la tierra y del aire, del fuego y del agua, con slagartos y caballos, espadas y carros...

—Y perdiste —dijo Yama.

—Sí, es cierto. Pero les dimos un buen espectáculo, ¿no? Tú, dios de la muerte, eras mi auriga. Ahora me vuelve todo a la memoria. Fuimos hechos prisioneros, y los Señores del Karma tenían que ser nuestros jueces. Tú escapaste de ellos mediante la muerte voluntaria y el Camino de la Rueda Negra. Yo no pude.

—Eso es correcto. Tu pasado fue expuesto ante ellos. Fuiste juzgado. —Yama miró a los monjes que ahora se habían sentado en el suelo, con las cabezas inclinadas, y bajó la voz—. Hacerte morir la muerte real te hubiera convertido en un mártir. Permitirte deambular por el mundo, bajo cualquier forma, hubiera dejado la puerta abierta para tu regreso. Así que, del mismo modo que tú robaste tus enseñanzas del Gautama de otro tiempo y lugar, ellos robaron el relato de los últimos días de éste entre los hombres. Fuiste juzgado merecedor del Nirvana. Tu *atman* fue proyectado,

no a otro cuerpo, sino al interior de la gran nube magnética que rodea este planeta. Eso fue hace más de medio siglo. Ahora eres oficialmente un avatar de Visnú, cuyas enseñanzas fueron mal interpretadas por algunos de sus seguidores más celosos. Tú, personalmente, continuaste existiendo tan sólo en la forma de longitudes de onda autoperpetuantes, que yo conseguí capturar.

Sam cerró los ojos.

—¿Y te atreviste a traerme de vuelta?

—Correcto.

—Durante todo el tiempo fui consciente de mi situación.

—Eso sospechaba.

Los ojos se abrieron, llameantes.

—¿Y pese a ello te atreviste a reclamarme de *allí*?

—Sí.

Sam agitó la cabeza.

—Hacen bien en llamarte el dios de la muerte, Yama-Dharma. Me has arrancado de la experiencia definitiva. Has roto sobre la piedra oscura de tu voluntad lo que se halla más allá de toda comprensión y mortal esplendor ¿Por qué no pudiste dejarme como estaba en el océano del ser?

—Porque hay un mundo que necesita tu humildad, tu piedad, tus grandes enseñanzas y tu maquiavélica astucia.

—Yama, soy viejo —dijo Sam—. Soy tan viejo como el mismo hombre sobre este planeta. Fui uno de los Primeros, ya sabes. Uno de los auténticamente primeros que vinieron a establecerse y a construir aquí. Todos los demás están ahora muertos o son dioses... *dei ex machinis*. La oportunidad fue mía también, pero la dejé pasar. Muchas veces. Nunca quise ser un dios, Yama. No, de veras. No fue hasta más tarde, cuando vi lo que ellos estaban haciendo, que empecé a reunir en mí todo el poder que me fue posible. Pero resultó demasiado tarde. Ellos eran demasiado fuertes. Ahora solamente deseo dormir el sueño de los siglos, conocer de nuevo el Gran Descanso, la beatitud eterna, oír